

ficio, el Rey los premios, y todo lo da Dios. Pero para más disimularse y no empacharnos ni avergonzarnos con darlo de su mano á la nuestra, lo da por mano de sus criaturas. Mas lo sobrenatural, que es lo que propiamente es bien, Él lo da por sí mismo y por Jesucristo. Es grande gloria de la Liberalidad divina que da sin esperanza de provecho y utilidad para sí, en lo cual peca grandemente la liberalidad humana; porque, como dice Filón <sup>1</sup>, «si bien lo consideras, hallarás que aquellos que tienen fama de dadivosos, que más venden que dan las cosas; porque los que con dar pretenden ser alabados y buscan el agradecimiento, disimulan con título de dádiva lo que es venta, pues los vendedores quieren el precio de sus cosas; y los que reciben los dones y luego quieren pagarlos, hacen también lo mismo que los que compran, que como reciben, también pagan; pero Dios no es mercader de sus gracias, poniendo precio á sus mercedes, sino liberal donador, derramando continuamente mil beneficios, sin codiciar truco de alguno: porque ni Él tiene necesidad de cosa alguna, ni hay hombre nacido que le pueda pagar lo que ha recibido».

Tan innumerables bienes reparte y comunica su infinita Bondad sin disminuírsele sus riquezas, por más que reparte dellas, por ser una fuente inagotable de bienes; porque cuanto diere, dice San Crisóstomo <sup>2</sup>, «es como una gotica de agua pequeña comparada con un inmenso piélago y abismo infinito, aunque si quitares esta gotica del mar, aunque en la vista no se eche de ver disminución dél, pero en realidad de verdad la hay. Mas de aquella fuente divina no se puede decir esto, sino, por más que uno saque, no le falta nada; y así, pues este ejemplo flaquea, traigamos otro. Supongamos una gran fuente de fuego, en la cual se encienden innumerables antorchas, y luego otras tantas, y otras

<sup>1</sup> Phil., lib. *De Querub.*

<sup>2</sup> Chrysost., hom. 13 ad Hebræos.

doblado: ¿por ventura no quedará llena esta fuente de fuego, como si no la hubieran tocado? Así es que de cuanto Dios da, aunque fuese infinito, no se le disminuye nada de sus riquezas. Y como su voluntad sea más fina que la de los hombres, y su caudal sin riesgo, viene á ser que su liberalidad sea muy diferente que la humana, según lo notó el mismo San Crisóstomo y Teofilacto. Considera este Doctor lo que dice San Pablo, escribiendo á los Colosenses <sup>1</sup>, que da gracias á Dios por haberles hecho dignos de entrar en la suerte de los Santos, y se admira de la gran liberalidad de Dios, y bien diferente de la de los hombres, que aunque hagan mercedes, no pueden dar la dignidad y merecimiento dellas, sino cuando mucho lo suponen. Y así dice Teofilacto <sup>2</sup>: «Son tan grandes las mercedes de Dios, que no sólo da y enriquece, sino da partes y caudal á los hombres para que parezca que con razón han sido enriquecidos de su mano. Pongo por ejemplo: si un Emperador hiciese virrey de una provincia á un hombre vil y de baja suerte y corto caudal, lo que pudo hacer era darle la dignidad, no que la ejercitase bien ni que la mereciese. De donde nacería que tan grande oficio y cargo concedido á aquel hombre le serviría para que todos le despreciasen y se riesen dél. Mas Dios hace estas dos cosas, que nos da la honra de la dignidad y nos hace dignos della. Con lo cual viene á ser que se doble la merced y honra que nos hace, pues á la merced que hace añade la suficiencia para ella». Esta es una grande diferencia de la Liberalidad divina á la humana. Otra bien notable advirtió San Crisóstomo por estas palabras <sup>3</sup>: «Muchos (dice) que dan grandes dones, encargan que no lo digan á otros, para que por el beneficio que hicieron á uno no les vengan á pedir muchos, porque parece no tienen excusa que nieguen

<sup>1</sup> Colos., 1.

<sup>2</sup> Theophil., ib.

<sup>3</sup> In Psal. 14.

á unos lo que dan á otros. Esto procuran los hombres, y no sin razón, porque ellos con dar se empobrecen. Dios, por el contrario, á voces publica sus beneficios, para que de los que da á uno tomen otros ocasión de llegarle á pedir, porque muestra mayores riquezas mientras más da, y es muy rico sobre todos los que le invocan. ¿No has en esto visto una nueva manera y naturaleza de riquezas? Imita, pues, esta magnífica liberalidad. Esto es de San Juan Crisóstomo. Pero el modo con que hemos de imitar esta gran virtud de Dios nos lo dice Santo Tomás, después de haber hecho memoria de grandes dádivas y mercedes suyas con que se comunica á las criaturas; y así, considerando tan estupenda liberalidad del Sér divino, dice <sup>1</sup>: «Es costumbre de Dios, ó, por mejor decir, perfección suya, comunicar á las criaturas todo cuanto es comunicable y en ellas puede haber, y cada momento se lo comunica, cuando halla disposición, aunque vea que en ellas no ha de ser de provecho. La naturaleza humana unió con su Hijo en una persona, que es un bien grandísimo. Crió también al alma capaz de gozar de la Santísima Trinidad, fuera de otros dones espirituales que la da, manteniéndola con la carne y sangre de su querido Hijo. No dejó nada por comunicarnos, porque lo que es al mismo Dios natural comunicó á las criaturas por gracia. Á los ángeles comunicó la bienaventuranza, sin haber experimentado miseria ninguna. Al coro de los Apóstoles, potestad para que todo lo que ligaren ó absolvieren en la tierra, sea también absuelto ó ligado en el Cielo. Al coro de los Profetas, sabiduría para conocer las cosas venideras que ha dispuesto hacer. Al coro de los Mártires, fortaleza contra las adversidades. Al coro de los Confesores, constancia, así en lo próspero como lo adverso. Al coro de las Vírgenes, castidad entre los ha-

<sup>1</sup> Santo Tomás, opusc. *De divin. moribus*.

lagos de la carne. Demás desto, á algunos particulares comunicó espiritualmente lo que Él tiene naturalmente, como á Abraham la largueza, á Moisés la mansedumbre, á José la providencia de Egipto, á Sansón la fortaleza, á Elías el celo de la justicia, á Job y Tobías la paciencia, á Eliseo la resurrección de los muertos, á Daniel la discreción de juzgar, á Samuel la fidelidad, á David la misericordia contra los que le perseguían, á Salomón la prudencia, al Bautista el amor á la verdad y santidad, á la Virgen Santísima la humildad, á San Pedro la caridad, á San Juan Evangelista la castidad, á San Pablo el celo de las almas y conocimiento de cosas altísimas, etc. Pues á este modo nos debemos nosotros comunicar unos á otros, no sólo los ojos para ver por otros, los oídos para oír, la boca para predicar y dar consejo, los pies para andar, el corazón para meditar por la salvación de otros. Pero cuanto tenemos, así de bienes espirituales como temporales, todo cuanto pudiéremos, así exteriormente con obras como interiormente con deseos, y cuanto somos en el cuerpo y el alma á cada uno de los que están en el purgatorio, y viven aún, y después no serán, para que vivan así de presente como en lo porvenir, según la voluntad de Dios.

Esto es cómo nos hemos de haber con los hombres para hacerlos bien, imitando á Dios; pero cómo hemos de agradecer á Dios el bien que nos ha hecho, y los grandes beneficios que de su graciosa Liberalidad hemos recibido, se podrá echar de ver por la comparación del agradecimiento de los beneficios humanos, pues son tanto mayores los divinos, como enseña San Anselmo <sup>1</sup>: «El hombre, dice, que recibe algún beneficio de otro hombre en este mundo, le suele amar tan finamente por haber recibido dél alguna

<sup>1</sup> Anselm., in *Medit. erga dulcedin divin. Majest.*, pág. 159, in edit. parva Theoph. Rainaudi.

cosa, y está tan pronto para servirle, que si se ofrece ocasión de dar la vida por su bienhechor, no se recata de morir por él, aunque no hay don alguno humano que juzgue el más necio que ha de ser eterno, sino que le ha de dejar, ó en la muerte, ó antes de la muerte; pero lo que Dios da al hombre aun en esta vida es de tal calidad, que nunca lo haya de perder, y que nadie se lo haya de quitar; y es tal, que aunque el hombre lo pierda, se puede disponer y proveer de manera que al cabo desta vida haya de estar en la eterna con su Criador perpetuamente. Da, pues, Dios al hombre en esta vida el vivir según razón, y le manda amar á su Criador como es justo, y obedecer á sus mandamientos sin contradicción; y esto ningún hombre lo puede quitar á otro, si no es que por su voluntad lo pierda. El dinero le ha de dejar uno, quiera ó no quiera: mas si cuando tiene hacienda la da, como Dios manda, de limosna á sus miembros, puede con esto ganar la vida eterna. Pues si hay tan grande diferencia de los beneficios divinos á los humanos, ¿con cuánto más afecto hemos de agradecer lo que hace Dios por nosotros, y nos da, que lo que recibimos de un hombre? Y si á los hombres quien es noble es muy agradecido, ¿cómo lo hemos de ser á Dios? Miremos la grandeza de los dones y del Donador, y de la voluntad con que nos da, y la poca obligación que tiene de dar, antes lo mucho que estaba desobligado de nosotros, pues tan mal le correspondemos, y por estas circunstancias podemos medir la grandeza de nuestro agradecimiento, para que seamos siempre más agradecidos á Dios que á los hombres: antes lo mismo que recibimos de los hombres lo hemos de agradecer más á Dios que á ellos, pues por medio dellos dispuso Dios hacernos bien, escogiendo instrumentos y ministros humanos para la ejecución de su Liberalidad divina; y así siempre habíamos de estar dando mil gra-

cias á Dios con el corazón y la boca, deshaciéndonos en bendecir á quien nos llena de tantas bendiciones y tantos bienes.

## VII

*De la Paciencia de Dios.*

Otra principalísima virtud que se origina del amor divino es la inexplicable Paciencia que tiene Dios en sufrir los pecadores y disimular enormes injurias y descomedimientos que le hacen los hijos de Adán; porque excede infinitamente á cuanta paciencia se puede hallar en los hombres, ni en otra alguna criatura posible. La razón es, porque sus injurias las sabe y ve claramente; porque en su misma presencia le ofendemos y Dios las siente vivísimamente; porque como sea infinita su rectitud y justicia, aborrece infinitamente cualquier desorden y sinrazón. Demás desto, está tan en su mano la venganza, que sin moverse, con sólo querer, puede hundir en mil infiernos á los que le agravian; mas con serle tan fácil el vengarse, se detiene, y sufre con una inopinable suavidad todo el descomedimiento de nuestros pecados. Demás desto, ve por una parte los inmensos beneficios con que nos ha obligado, y los acerbísimos dolores y Pasión que padeció por nuestro amor, y por otra la enorme ingratitud nuestra, viendo que, en lugar de darle gracias, está el mundo haciéndole estupendos agravios con tantas deshonestidades, juramentos con mentira, falsedades, engaños, supersticiones, hurtos, homicidios, blasfemias, sacrilegios, herejías, idolatrías, y tantos que siguen la secta bestial de Mahoma y el Judaísmo. Ve también que entre los cristianos que tienen más obligación de servirle y seguir la doctrina de su Hijo, están introducidas leyes del mundo contrarias totalmente á las del Evangelio, y tan

bárbaras que ni aun los moros ni los idólatras las tienen, como son las leyes del duelo. Demás desto, que están asidos á las cosas de la tierra, y muy solícitos dellas, sin cuidar de las del Cielo; que hay tantos ingratos, soberbios, ambiciosos, regalados y esclavos de su carne, que todo esto es contrario á la doctrina de Cristo, de cuyos consejos y palabras no hacen más caso, siendo la Sabiduría divina, que si las dijera un hombre sin juicio; y tras todo eso, que no hacen caso de sus Sacramentos, ni quieren arrepentirse, y que hay muchos más grandes pecadores que los mismos infieles y gentiles. Todo esto ve Dios clara y distintamente, pesando la inmensa grandeza de tantas injurias, y echa de ver la razón que tiene para deshacer el mundo, que crió para los hombres, que le han salido tan desagradecidos; ó tirarles rayos desde el Cielo, porque echa de ver cuán indigna cosa es que su tremenda Majestad sea tan vilmente despreciada de su criatura. Mas con todo eso, refrena la ira de su justicia y detiene su omnipotente mano, aunque en ella tiene desenvainada la espada de su rigor, la cual sirve más para espantar con ella que para matar: porque se há muy diferentemente Dios con sus enemigos que los hombres; porque entre los hombres, dice San Crisóstomo <sup>1</sup>, «los enemigos que quieren tomar venganza de sus contrarios, no sólo lo publican, pero con asechanzas los acmeten, porque no se escapen si lo supiesen. Lo contrario hace Dios, que lo dice de antemano, y lo dilata, y con amenazas aterra, ni deja por hacer diligencias para que no ejecute lo que amenaza».

Pues ¿qué diré de la Paciencia de Cristo en cuanto hombre, que desde que tomó el Verbo la naturaleza humana en el vientre de su Santísima Madre, hasta que expiró, fué un continuo padecer? Nueve meses estuvo escondido

<sup>1</sup> Chrysost., in Ps. 7

entre las entrañas de una Doncella, que para quien tenía perfecta razón fué grande humildad y materia de paciencia. Nació en un establo con falta, no sólo de regalo, sino de lo más necesario, que aún necesitó del abrigo que le pudieran dar unas pajas. Derramó luego su sangre en la Circuncisión. Fué luego perseguido, y le llevaron sus Padres huyendo á Egipto. Después pasó la vida en pobreza, y trabajó hasta que se descubrió al mundo, donde fué infinito lo que padeció, y afaná en tantos caminos, con tantos sermones, sufriendo hambre, sed, cansancio, frío, calor, baldones, desagradecimientos, murmuraciones y agravios nunca oídos, hasta que echó el resto de su paciencia, sufriendo ser preso, juzgado, menospreciado, escupido, tenido por loco, azotado, pospuesto á Barrabás, coronado de espinas, sacado á la vergüenza, condenado injustamente á muerte, cargado con la Cruz á cuestras, crucificado pies y manos, puesto entre dos ladrones, blasfemado de los hombres, desamparado dellos, y hasta de su Eterno Padre; tan desfavorecido de la piedad humana, que una gota de agua le faltó. En tan terribles trabajos y tan acerba Pasión no habló, no se defendió, no resistió á nada, no se quejó, y tan lejos estuvo de hacer mal á sus perseguidores, que rogó al Padre Eterno por ellos. Por cierto que tal paciencia no la pudo tener otro sino Dios, y por ella podían bastantemente creer los judíos que era Dios á quien crucificaban, y nosotros los cristianos tenemos aquí un perfectísimo dechado de todo sufrimiento, que no se había de apartar de nuestros ojos.

Sobre todo este sufrimiento, así de la divinidad como de la humanidad de Cristo, es que no sólo llega la paciencia de Dios á sufrir tan estupendos y enormes agravios de los pecadores, no despedazándoles como ellos merecen, ni haciéndoles los males que pedían sus pecados, pero pasa á

hacerlos innumerables bienes, porque hace cada día nacer el sol así para los malos como para los buenos, y hace que toda la naturaleza nos sirva, esperándonos á que hagamos penitencia con tanta voluntad de nuestro bien, que así por los predicadores y consejo de los hombres, como por inspiraciones de los ángeles y con otros modos admirables, nos quiere obligar á que nos volvamos á Él y gocemos de su misericordia. ¿Qué Rey ha habido en el mundo, que pudiéndose vengar facilísimamente y con suma justicia de los que le fueron traidores, no sólo una vez, sino treinta ó cuarenta, no les haya querido hacer mal, sino muchos beneficios, procurando siempre reducirlos á su obediencia y amistad? No se sabe que haya habido ningún príncipe en el mundo, desde que Dios le crió, que haya perdonado cinco veces á quien le hubiese querido matar otras tantas, pudiendo él sin daño alguno condenar á muerte á tan gran traidor; pero Dios, ¿cuántas traiciones nos sufre? No tienen número ni cuenta. No hay comparación de las injurias contra Dios á las injurias contra un hombre; porque los agravios de Dios son innumerables en su multitud, y en su grandeza infinitos; y va mayor diferencia de un pecado contra Dios á una traición contra un rey, que hay de todo el Océano á una gota de rocío. Y así la paciencia de Dios es inmensa, y de todas maneras inexplicable é incomprendible.

## VIII

## De la Clemencia divina.

También es fruto del amor de Dios su infinita Clemencia, respecto de la cual todos los pecados del mundo son una gota comparada con un inmenso piélago; y así dice San Crisóstomo <sup>1</sup>: «La Piedad y Clemencia de Dios sobre-

<sup>1</sup> Crisóst., hom. 3. *De Penitent.*

puja á la maldad del hombre. Considera qué se haría una pequeña chispa si cayese en el mar; ¿por ventura pudiera durar algún rato ó parecer allí? Pues la diferencia que hay de una chispa á todo el mar, esa distancia hay de la malicia humana á la Piedad y Clemencia divina; y si va á decir la verdad, no es sola esta diferencia, sino mucho mayor, porque aunque el mar sea muy grande, con todo eso es limitado; pero la Clemencia de Dios no tiene límite ni medida. ¿Qué Misericordia más sin tasa ni medida; qué Clemencia más infinita, que cuando una criatura vil le está más ofendiendo, quebrantando su ley, desobedeciéndole en todo, dejando al que es fuente de agua viva por un maldar sucio de un pecado, huyendo dél y desestimándole, entonces está el Señor derramando misericordias en el pecador, dándole vida, salud, honra, con qué pasar, y defendiéndole de innumerables males y peligros, y con una cara de risa y entrañas más que de padre, rogándole con que quiera el Cielo? Y si da alguna seña de que lo quiere y de que quiere ser su amigo, se está regocijando dello, y todo el Cielo se revuelve de contento, como si le fuera al mismo Dios la vida. Esto, ¿quién podrá encarecerlo? ¿Qué mayor clemencia que la de aquel Señor que por su Profeta Ezequiel tiene prometido, «si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados, etc., yo no me acordaré más de todas las maldades que obró?» Infinita bondad es, no sólo dejar sin castigo al enemigo, no sólo hacerle merced del perdón, pero olvidar las ofensas, como si nunca hubieran sido. Esto, no sólo lo dijo de palabra Dios, pero lo cumple como lo dijo.

La facilidad que tiene Dios en perdonar las enormes injurias que le hacen los hombres es tan grande, que no hay ninguno que le pida de veras perdón que no le alcance, y con diligencias tan fáciles, que cualquiera las puede hacer, por pobre y enfermo que sea, aunque le falten las

fuerzas todas, y esté sin habla; porque como dice Santo Tomás <sup>1</sup>, «de ninguno pide Dios más de lo que puede, en ayunar, orar, hacer limosnas y vigiliias, castigar el cuerpo y cosas semejantes. Y si le faltan grandes obras para satisfacer por sus pecados, bastaránle las pequeñas, como son unas pocas de lágrimas derramadas de corazón, como se lee del rey Ezequías, cuyas lágrimas miró el Señor con tan buenos ojos, que le añadió quince años de vida, y revocó la sentencia de muerte que le había dado por su Profeta. De la misma manera se hubo misericordiosamente con las lágrimas que San Pedro derramó por un crimen gravísimo, cuando, habiendo oído el gallo, lloró amargamente. Mas si no puede uno llorar, bástale á Dios una palabra nacida de un corazón contrito, como se lee del buen Ladrón, que habiendo dicho al Señor: «Acordáos de mí», respondió Cristo: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Y si no puede hablar, con un gemido del alma contrita se dará Dios por contento, según la Escritura, que dice: «En cualquier hora que gimiere el pecador, no me acordaré más de todas sus maldades». Pero si la flaqueza le privare de todo el uso de los miembros, de suerte que ni gemir pueda, bástale á Dios una buena y sincera voluntad, para que con ella le satisfaga por ofensas gravísimas». ¡Bendito sea tan benigno Señor, que con sola una buena voluntad se satisface, aunque le falten obras! Estando enferma en la cama la sierva de Dios Mectildis, comulgaban las demás religiosas de su monasterio, y como ella suspirando al Señor, con su pobreza de espíritu, de lo íntimo del corazón llorase, vió al mismo Señor levantarse de su trono, el cual, entre otras cosas, le dijo: «Cuando tú lloras buscándome, con tus lágrimas me encierras dentro de ti. Mira cómo el hombre con la voluntad sola no adquiere alguna cosa, ni la posee,

<sup>1</sup> S. Thom., *De divin. morib.*

por más vil que sea, aunque sea una paja; pero á mí cualquiera puede tenerme, y hacerme suyo con la voluntad y con sólo un gemido».

También es gran señal de la Clemencia de Dios, que para que vengamos á pedirle perdón, y escapar de las penas eternas, se contenta con afligirnos con las temporales, que son brevísimas y ligeras. No es impío el padre que castiga á su hijo, porque no le obligue á desheredarle: ni es cruel el médico que da la purga amarga, por dar vida y salud al enfermo; y es gran Clemencia de Dios que con una enfermedad de quince días excusa á algunos que no estén quince años en el Purgatorio, ó por una eternidad en los tormentos eternos del infierno. ¿Qué mayor clemencia que si un Rey trocara la pena de atenacear á un traidor, en que le diese un niño un golpe con una mimbre? Pues menos son las mayores calamidades desta vida, respecto de las menores penas de la eternidad, pues por penas tan pequeñas dispone Dios que no se caiga en las que son tan intolerables y extrañas, haciendo que uno satisfaga por los pecados pasados, se abstenga de los presentes y se prevenga contra los venideros; y así las penalidades desta vida son una clementísima satisfacción de lo pasado, medicina de lo presente y cautela de lo futuro.

¡Oh, cuán diferentemente usa Dios de su justicia que la ejercitan los hombres! pues la mezcla con tan gran clemencia y piedad, deseando siempre nuestro provecho, como notó San Crisóstomo <sup>1</sup>: «Los jueces, dice, cuando cogen algunos ladrones ó sacrílegos, no atienden á cómo les han de hacer buenos, sino á cómo les han de ajusticiar. Dios hace todo lo contrario, porque cuando halla á un pecador, no mira á cómo ha de ejecutar en él la pena que merece, sino cómo le corregirá y le haga mejor: como Juez exami-

<sup>1</sup> Hom. 7, ad. Pop.

na, como Médico cura, como Maestro enseña». Á Nabucodonosor castigó, y á los ninivitas intimó por el Profeta Jonás la sentencia de su destrucción, y todo para que se corrigiesen. De lo cual espantado el mismo Santo, dice: «¡Oh maravillosa cosa, y muy nueval El pregón del Profeta que amenazaba muerte á los ninivitas les fué causa de vida. Por el mismo caso que se pronunció la sentencia, ella misma se invalidó. Al contrario de otros jueces, los cuales hacen averiguación de la causa, para que su sentencia sea válida y firme: mas en Dios el pronunciar la sentencia la hace inválida: porque si no la pronunciara, no la oyeran los pecadores; y si no la oyeran, no hicieran penitencia, y no haciendo penitencia, no se escaparían del castigo y pena». De suerte que aun grandes castigos en esta vida, rigores y amenazas, suelen ser efectos de una inmensa Clemencia de Dios y deseo de perdonarnos y curar las llagas de nuestras almas; porque, como dice Salviano <sup>1</sup>, «así como los excelentes y diestros médicos y cirujanos aplican á diferentes enfermedades diverso modo de curar, y á unos dan medicamentos dulces y á otros amargos; á unos les abrasan con cauterios, á otros les regalan con unturas; á unos cortan rigurosamente con hierro las carnes, á otros sólo derraman aceites blandamente, y con tan diferentes curas buscan una misma salud, así Dios Nuestro Señor, cuando con plagas terribles nos reprime, nos cura con contrarios, y rigurosas secciones; cuando nos alienta con prosperidades, nos consuela como con aceite y confortativos, y por diversos medios nos quiere llevar á una misma salvación. Suele también corregir la blandura á muchos esclavos que no les aprovecharon los castigos; y á los que no sujetaron los azotes, rinden los beneficios; y á algunos muchachos contumaces que las amenazas y castigos no

<sup>1</sup> Salvian., lib. 6, *De Prov.*

los hacen bien criados, con las caricias muchas veces vienen á ser obedientes».

#### CAPÍTULO IV

*La Hermosura de la Gracia y Santidad está en Dios substancialmente. Trátase de la Santidad divina.*

##### I

Sobre la hermosura de la virtud, que tanto admiraron los filósofos, celebran los Santos la hermosura de la Gracia y Santidad, que realza á la misma virtud á un sér sobrenatural y divino; y así hace más ventajas á la hermosura natural de la virtud que hay del cielo á la tierra; porque la gracia es la mayor belleza de las criaturas, y tal, que si se viera como es en sí, no cupiera el alma de gozo y admiración; antes, como dijo Cristo á Santa Brígida <sup>1</sup>, no la pudiera sufrir uno si no fuese milagrosamente confortado. Pues esta Hermosura <sup>2</sup>, «¿cómo puede dejar de estar en Dios substancial y eminentísimamente, pues toda la belleza de la gracia y santidad es por ser un rayo y participación de la naturaleza divina? ¿Cuál será Dios, pues es la misma gracia esencial y la santidad substancial? Porque si por ser la gracia criada un accidente, que con modo singular es participación de Dios, es tan hermosa, ¿cómo será Dios, pues es la misma substancia y esencia de la santidad, y la fuente de la misma gracia? Admiró tanto á la Esposa la belleza que por esta parte tenía su divino Esposo, que exclamó diciendo <sup>3</sup>: «Tú eres Hermoso, Amado mío». Declaró estas palabras el Caldeo, leyendo: «¡Cuán hermosa es la Majestad de tu Santidad!» atribuyendo á la Santidad divina, no sólo Hermosura, sino Majestad, porque

<sup>1</sup> S. Bríg., lib. 2, *Revelat.*, cap. 18.    <sup>2</sup> V. Curs., *Teolog. Carmel.*, l. p., tract. 2, *De vis.*, disp. 3, dub. 2, par. 3.    <sup>3</sup> Cant. 1, 16.